

**PALABRAS PRONUNCIADAS POR MONS. AGRIPINO NUÑEZ C.,
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA MADRE Y MAES-
TRA, EN EL ACTO DE APERTURA DEL SEGUNDO CONGRESO
DOMINICANO DE HISTORIA.**

En nombre de la Universidad Católica Madre y Maestra y mío personal, tengo el honor de darles la más cordial bienvenida a nuestro campus y a esta ciudad de Santiago que, con regocijo, los acoge como sus huéspedes distinguidos.

Es propicia la ocasión para saludar la presencia en este acto de apertura del Segundo Congreso Dominicano de Historia, del señor Director del Museo Nacional de Historia y Geografía, y coauspiciador junto a la UCMM de este encuentro, así como del orador invitado en esta ceremonia de inauguración, doctor Pedro Troncoso Sánchez, Doctor Honoris Causa de esta Universidad. Sean, pues, todos bienvenidos, distinguidos académicos, historiadores y amantes de esa gran maestra de la vida que es la historia.

Este es un momento muy propicio para hablar de integración de la dominicanidad. Por eso, felicito a los organizadores de este Seminario por haber seleccionado un tema que nos obliga a una oportuna reflexión acerca del estado de madurez de nuestra sociedad, a más de 140 años de nuestra independencia política.

Ciertamente, podemos hablar de madurez colectiva y para comprender el proceso basta con que nos situemos en aquella República que surgió a la vida independiente en 1844, traumatizada por los dominios sucesivos que la precedieron y debatiéndose por definir su institucionalidad y por asegurar su soberanía. Una República surgida bajo el lábaro de principios y valores liberales y cristianos, que nació careciendo de recursos materiales, de educación sistematizada; que no contaba con literatos, científicos ni artistas. Esta República "montera", como la llama Bonó, medio siglo después se va a envolver

en un movimiento cultural importante y en una transformación hacia la modernidad que resultó imposible contener a pesar de las contiendas, los caudillajes, los escepticismos y las crisis.

Arnold Toynbbee, al analizar los desafíos que enfrenta toda sociedad embrionaria, explica que frente a la intensidad de esa experiencia, el ente nacional reacciona de una de estas tres maneras: o se paraliza en su evolución, o se desintegra, o sobrevive. Para muchos historiadores, la sociedad que subsiste frente a toda situación desafiante o adversa, no sólo es poseedora de un gran vigor interior, sino que se convierte en un pueblo milagroso. La historia, que es memoria del hombre, está llena de ejemplos notables.

En la angustia, el pueblo griego y el pueblo hebreo, que forjaron la personalidad fundamental de Occidente y el último, que mantuvo su identidad arraigada en lo religioso a pesar de las adversidades. Los ejemplos modernos son también dignos de admiración, como la recuperación de Alemania y de Japón, luego de la Segunda Guerra Mundial, y el milagro de Taiwán.

Como milagroso se puede calificar también el caso del pueblo dominicano. Nuestro país ha sobrevivido los embates fulminantes de una adversidad ininterrumpida, como la llama Ricardo Patée. A pesar de que su desarrollo se ha circunscrito a una geografía estrictamente limitada por la estrecha vecindad de un pueblo diferente, y en muchos aspectos, antagónico; que ha sabido resurgir de las calamidades de índole política y de los permanentes problemas sociales y económicos en que hemos vivido, el pueblo dominicano ha logrado forjar y consolidar un estado de conciencia nacional, cuya profundidad y contenido recibirá amplio escrutinio en las deliberaciones de este Congreso.

Precisamente, la fuerza del ser nacional dominicano, basada en una historicidad particular, ha demostrado tener una gran preocupación y capacidad para dignificarse, democratizarse y alcanzar un desarrollo acorde a las necesidades que merece satisfacer todo pueblo. Esta preocupación, compartida por muchos ciudadanos, es lo que me permite hablar de la madurez nacional de nuestro pueblo, la cual trasciende a su condición de país en vías de desarrollo, así como al presi-

mismo de quienes no tienen fe en su destino o dudan de su capacidad para sobreponerse a todas las adversidades.

Como se ha dicho, “en la identidad profunda de todo ser humano hay una relación determinante con un espacio y con un pasado”. Esta identidad es un factor de síntesis viva y original “perpetuamente recomenzada”, porque “la identidad representa cada vez más la condición misma del progreso de los individuos, de los grupos, de las naciones, pues en ella quien anima y sostiene la voluntad colectiva, suscita y transforma el cambio necesario en una adaptación creadora”.

Si aplicamos estas ideas al devenir de la sociedad dominicana, veremos que, históricamente, hemos sido la suma de muchos elementos aparentemente dispersos y, como sociedad, hemos permanecido abiertos para recibir otras influencias, sencillamente porque como país somos parte de una civilización planetaria, caracterizada por esfuerzos comunicativos que buscan uniformizar la conducta social y que, en nuestro caso, como el de otros países, han producido inquietudes por la defensa de la identidad propia.

En la Encíclica sobre el desarrollo de los pueblos, Su Santidad Paulo VI llama la atención respecto a los peligros que se ciernen sobre el ser nacional y afirma que “la solidaridad mundial, cada día más eficiente, debe permitir a todos los pueblos llegar a ser por sí mismos artífices de su destino ... Si para llevar a cabo el desarrollo se necesitan técnicos cada vez en mayor número, para este mismo desarrollo se exige más todavía pensadores de reflexión profunda que busquen un humanismo nuevo, el cual permita al hombre moderno hallarse a sí mismo ...”

La Universidad Católica Madre y Maestra, identificada como es lógico con el pensamiento de la Iglesia y consciente de su misión como institución académica, promueve y valora todo aquello que contribuye a fortalecer al hombre y, en nuestro caso particular, al dominicano en la triple dimensión de la defensa de su ser cultural, de su humanismo fundamental en lo cristiano y de su apertura para renovarse acorde con los signos de los tiempos. En esa función de dominicanidad, la Universidad permanentemente se preocupa y trabaja en procura de un diálogo que conduzca a la búsqueda de la verdad. Por ello nuestro apoyo entusiasta a este Segundo Congreso Dominicano

de Historia y el tema central del mismo, que, estamos seguros, estimulará enriquecedores debates que nos ayudarán a comprender mucho mejor los procesos y los componentes que han permitido la formación y el fortalecimiento de nuestra identidad nacional.

Les reitero mis expresiones de bienvenida, con la seguridad del éxito de estas deliberaciones que tan auspiciosamente se inician en este primer Santiado de América y en esta Universidad, que ha sido y se siente honrada de seguir siendo la casa de cada uno de ustedes.